

e) Hombre \_\_\_\_\_

B) Resume brevemente el argumento.

---

---

---

---

---

---

---

---

Ficha No. 5

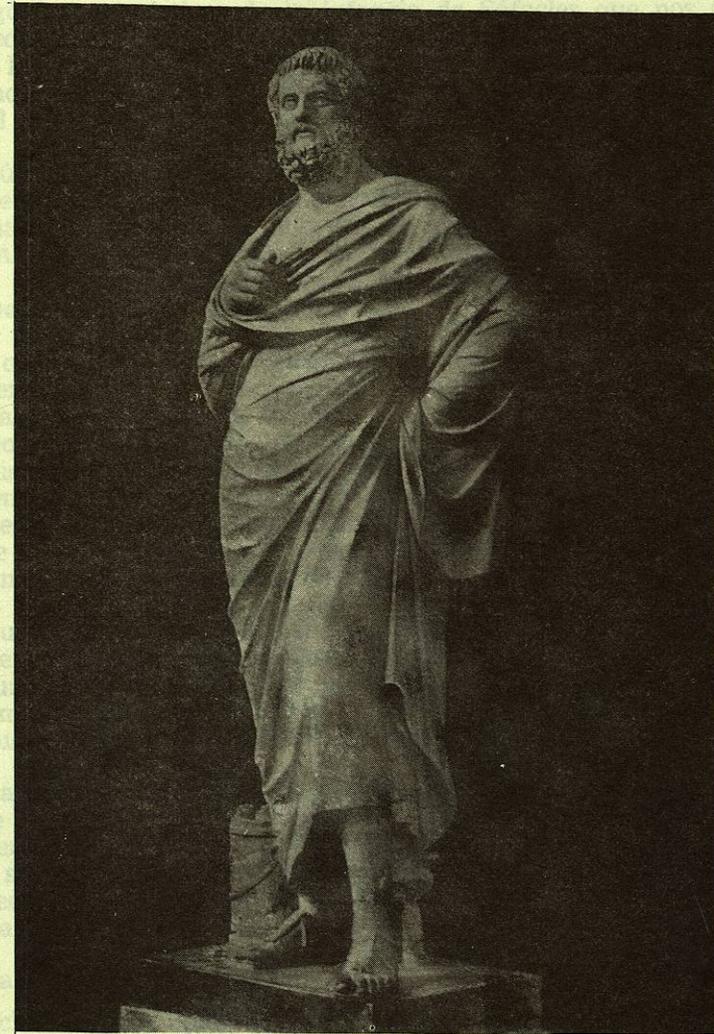
**INSTRUCCIONES:** Lee el tema V e identifica las respuestas correctas anotando en los paréntesis el número que corresponda:

116

- |              |                  |
|--------------|------------------|
| 1.- Coro     | 6.- Clitemnestra |
| 2.- Casandra | 7.- Egisto       |
| 3.- Hefestos | 8.- Argos        |
| 4.- Agamenón | 9.- Aqueos       |
| 5.- Apolo    | 10.- Troya       |

Agamenón era rey de ( ). Su esposa se llamaba ( ). La noticia de que Troya era de los ( ) fue recibida por ( ). El mensaje fue enviado por ( ). Un heraldo anunció que regresa ( ), acompañado por ( ). Ella invocó al dios ( ) porque era vidente y vio la muerte de ( ). Entra el rey al palacio de ( ). Es herido de muerte por ( ). En ese momento llega ( ) hasta donde está el cadáver y se regocija porque ha sido vengado.

# Unidad VI



**SOFOCLES**

## UNIDAD VI

### 1.—Datos biográficos

Sófocles nació en Colono, cerca de Atenas, allá por el año 497 A.C. Perteneció a una distinguida familia y recibió la esmerada educación propia de la aristocracia ateniense; su padre era fabricante de armas, cargo que en Atenas era casi honorífico. Existen dos rasgos característicos de la infancia de Sófocles que nos dejan ver su concepto de la tragedia: El primero, su cariño hacia la ciudad que lo vio nacer; el segundo, su esmerado entusiasmo educativo, destacando sobremanera su sensibilidad en el terreno musical, llegando al punto de dirigir coros de muchachos jóvenes.

Según la leyenda, Sófocles intervino en un coro de niños que celebró el triunfo de la famosa batalla de Salamina (480 A.C.), en la que había participado Esquilo, día en que justamente nacía Eurípides. Así quiere la leyenda por medio de lazos providenciales, vincular a los tres grandes trágicos griegos, características psicológicas que distinguen a este pueblo.

En cuanto a su vida política, Sófocles fue presidente del Tesoro del Imperio y ya anciano fue uno de los diez consejeros del gobierno de Atenas. Al referirnos a su valor literario, diremos que fue muy admirado. Desde el año 468 A.C. cuando Sófocles presentó una obra en el mismo concurso en que tomaba parte Esquilo, obtuvo el primer premio; se dice que venció en 24 ocasiones en certámenes clásicos literarios, obtuvo siempre los primeros lugares ganándose el título de "poeta favorito" entre sus conciudadanos. Supo deslindar perfectamente su vida pública de su actuación artística.

Se unió en matrimonio con Dicóstrata y se habla de dos amores posteriores de los que tuvo tres hijos. Su hijo Ifón lo acusó ante los tribunales de haber perdido la razón pero Sófocles demostró su lucidez magistralmente recitando un fragmento de "Edipo en Colono" actuación por la cual el tribunal falló a su favor en el acto.

Se afirma que murió a los noventa años en el 406 A.C. Si en vida fue admirado como genio o héroe, luego después de su muerte fue venerado como un semidios por su pueblo. Hasta la propia crítica de sus contemporáneos lo consideró como superior a Esquilo; Eurípides acepta la supremacía de Sófocles y hasta los poetas cómicos y satíricos hablaban con respeto de este trágico.

### 2.—Obra Literaria de Sófocles

Muchos críticos opinan que la obra literaria de Sófocles es consecuencia de la de Esquilo, sólo que su punto de vista respecto a la tragedia difiere bastante, en todas las tragedias de Sófocles como veremos a continuación, está presente el pecado de hybris o exceso, que inexorablemente es castigado por el destino o por los dioses.

La estructura externa de la tragedia es renovada por Sófocles al introducir un tercer actor pudiendo así desarrollar mejor el argumento, pasando el coro a ser medio de descanso o de intermedio entre las escenas. Otro acierto de este trágico fue el desglosar las trilogías y tetralogías dándoles un argumento independiente.

Los héroes de las tragedias de Sófocles son mucho más humanos que los de Esquilo, aunque menos grandiosos; creó el teatro de conflicto y pasiones armonizando el principio de la acción con la voluntad humana. Dio al lenguaje dramático más naturalidad y belleza. Se le atribuye el haber inventado la escenografía y haber reducido en quince el número de los miembros del coro.

En todos sus dramas, Sófocles se muestra religioso, sin rebelarse a sus ideas divinas como Eurípides. Se cuentan entre sus obras, unas ciento veinte, cuyo material como en la obra de Esquilo está tomado de la leyenda heroica. De toda su obra solamente siete piezas han llegado hasta nosotros: tres pertenecientes al ciclo tebano (Antígona, Edipo Rey, Edipo en Colono); una perteneciente al ciclo de los atridas (Electra); y las restantes de valor aislado (Ayax, Filoctetes y Las traquinias).

### 3.—Leyenda de Edipo

De las siete tragedias ya mencionadas hemos escogido "Edipo rey" por considerarla una de las más profundas y humanas; en ella como en ninguna otra se habla de un Dios castigador, justiciero, ante el pecado de Hybris. En Edipo rey se cumple la profecía del oráculo por encima de la voluntad humana, llegando Edipo a convertirse de un rey glorioso en un proscrito; maldito por los hombres y los dioses.

Una de las leyendas más interesantes y sombrías de la mitología griega es la leyenda de Edipo y le toca precisamente a Sófocles darla a conocer en sus dos tragedias: Edipo rey y Edipo en Colono

El oráculo había revelado a Layo, rey de Tebas y esposo de Yocasta, que en caso de nacerles un hijo, éste mataría a su padre. Poco tiempo después tuvieron un niño y Layo temiendo la profecía, hizo exponer al recién nacido en el monte Citherón. Un pastor se apiadó del niño y recogiéndolo se lo llevó a su amo Pólipo, rey de Corinto, quien adoptó a Edipo haciéndolo pasar por su propio hijo. El oráculo revela a Edipo que matará a su padre y que cometerá incesto con su madre, convencido de que Pólipo y Mérope son sus padres huye de Corinto. En un cruce de tres caminos se encuentra con unos viajeros que lo provocan y reacciona dando muerte a Layo, sin saber que era su padre. Edipo se dirige entonces a Tebas donde descifra el enigma propuesto por la Esfinge, salvando a la ciudad de terribles desgracias, asume entonces el trono de Tebas y se casa con Yocasta.

Cuando comienza la obra ya se ha cumplido el oráculo y entonces... bueno, para qué privarte del placer de saberlo por tí mismo, te invitamos joven alumno(a) a deleitarte con esta bellísima tragedia que fue representada, según se cree, hacia el año 430 A.C.

## EDIPO REY

### Escenario

Tebas. Palacio real. Altar de Apolo Licio. Sacerdote de Zeus y un grupo de niños con ramas de olivo.

### Personas

Edipo, rey de Tebas.

Yocasta, su esposa y viuda del rey Layo.

Creón, hermano de Yocasta

Tiresias, vidente oficial de la ciudad, anciano y ciego, guiado por un lazarillo.

Sacerdote de Zeus.

Un mensajero.

Un pastor, que fue siervo de Layo.

Un paje del palacio.

Antígona e Ismene, hijas de Edipo y Yocasta, aún niñas.

Coro de ancianos.

Grupo de suplicantes.

Pajes, criados, pueblo.

## EDIPO REY

Edipo.—¡Hijos, progenie renovada del remoto Cadmo! ¿Qué mueve esta reunión? ¿A qué esas suplicantes disposiciones? Postrados en tierra, con ramos de oliva... ¡y toda la ciudad saturada del perfume de los sacrificios del incienso y, en toda ella, lamentos y clamores!

¿Qué es? —me dije yo—. Pero en lugar de que los mensajeros me dieran razón, he preferido venir en persona. Aquí estoy. Soy Edipo. Todo el mundo celebra su gloria.

Se dirige al sacerdote. A ti, anciano, te toca darme razón. ¿Qué motiva esta humillada situación por tierra? ¿Algo teméis? ¿algo anheláis?

122

¡Ah, si de mí depende remediarlo: tened por dada la ayuda! ¿Qué duro fuera yo si ante este cuadro no me llenara de conmiseración!

Sacerdote.—Vamos, lo digo. Rey, rey de mi patria, Edipo. ¿Ves qué edad tienen los que aquí están congregados? Están ante el altar. Unos son niños débiles, avecillas que el vuelo alzar no pueden. Otros, son viejos, por la anciana tormenta rendidos, como soy yo, sacerdote de Zeus, y aun así. Acá está la gallarda flor de los pubescentes, y luego, todos, todos sus vasallos. En esta plaza, todos agrupados ante el altar. Y otros allá ante el templo de Palas, o al lado de la tumba del agorero Ismeno.

Turbión de males pesa sobre esta ciudad. Está abrumada ya. Oleaje de sangre la sumerge. No puede alzar cabeza entre las turbulentas ondas. Los frutos de la tierra, en sus mismos tallos se agostan. Los rebaños que van por las praderas paciando, caen yertos ante la muerte. Y lo más duro y cruel: el germen humano atormenta a las madres, pero no es fecundo.

Un numen que arde en fuego contra la ciudad pugna. La destruye, la anonada. Es la tremenda Peste. Queda vacía y silenciosa la tierra de Cadmo y el Averno se enriquece de lamentos, de gemidos interminables.

No, no intentamos ni yo ni estos hijos asimilarte a los dioses. Pero sí te juzgamos el primero de los hombres. El que conoce, como nadie, los alternantes cambios y mudanzas de la vida humana; el que sabe también de las misteriosas y secretas determinaciones de los dioses. Llegas apenas a Cadmos y nos libertas del tremendo tributo que a la horripilante encantadora dábamos. Nada sabías, no habías buscado informes, nada te habíamos dicho. Te guiaba un dios —eso se pensó, eso se dijo— te guiaba un dios, y nos salvaste la vida.

También ahora a tí venimos. Edipo amado de todos, Edipo poderoso: venimos a tí suplicante todos. ¡Debes hallar para nosotros un remedio! Recibas de los dioses el consejo, o te lo dé un hombre... nada importa. Sabe el hombre regir, si ha sufrido, y el que en fortuna adversa ha visto su vida atormentada, ese es el que puede remediar los males ajenos.

¡Oh, el mejor de los hombres: esta ciudad restaura! Tú mismo te aprovechas de tu obra, si nos defiendes, serás, como fuiste, un salvador, un defensor. ¿Qué dijeran, si no? ¡Que nos alzaste para sumergirnos! La patria consolida; la ciudad afirma. ¡Qué feliz fue tu actividad antaño: que ahora se renueva. Reinan sobre hombres: esa es la grandeza de un rey! ¿Quién quisiera reinar en un desierto, desolado y sin hombres? ¡Un fortín, una nave, nada son si no el vivir de hombres les da la vida!

123

Ed.—Hijos que compadezco: ya lo supe. Conozco vuestros males, conozco la incierta fortuna. Sufrís, sufrís es cierto. Los males se acumulan sobre vuestras cabezas. Y nadie habrá que sufra más de lo que sufro yo. Vosotros, cada uno, su propio dolor saborea: el dolor propio solo. Pero en mi alma el dolor de todos se amadriga: el vuestro, el de la patria, el mío.

¡No despertáis a un hombre que sueño domina! Ved que he llorado mucho, he cavilado larga y profundamente mil proyectos, mil medios... y ansioso y angustiado, sigo buscando.

Tras mucho meditar, hallé un remedio, y ya lo puse en obra. Al hijo de Meneceo, que es mi cuñado Creón lo envié a la Pitia mansión de Febo para que consultara al oráculo acerca de lo que hay que hacer, qué determinación tomar para alcanzar que la ciudad sea salva. Y han pasado los días bien medidos para que él de su comisión regresara y estoy afanado pensando lo que puede haber sucedido. Pero él regresará. Cuando regrese un perdido sería yo, si no pusiera en obra lo que el dios haya dicho.

Sac.—¡Al buen dicho tuyo: ya me dan la noticia: Creón regresa!

Ed.—Ah, rey Apolo, que su mensaje sea afortunado para salvar a la ciudad: ¡su rostro radiante ya lo dice!

Sac.—Dulce será, yo creo; bien lo pregona su semblante: ¡a qué, si no, esa corona de florido laurel que lo ciñe?

Ed.—Muy pronto lo sabremos. Tan a la medida está que ya mi voz puede ser por él oída.

Príncipe, mi cuñado, hijo de Meneceo, ¿qué nuevas traes para nosotros de parte del dios?

#### Entra Creón.

Creón.—¡Nuevas felices! Digo muy bien: los males más infaustos, si hallamos medio de contrarrestarlos, en buena dicha llegan a trocarse.

Ed.—¿Qué dice ese lenguaje? Nada conforta, tampoco nada aumenta el afán tu modo de expresarte.

Cr.—¿Lo digo ante todos? ¿O entramos al palacio? ¡Dispuesto a hablar estoy!

Ed.—A todos habla. Son sus angustias las que oprimen mi alma más que las propias mías.

Cr.—Hablaré, entonces, lo que del dios he oído. Nos impone Febo riguroso el mandamiento de que arrojemos de esta ciudad una mácula que la infesta. Que no dejemos que medre, porque terminará por ser incurable.

Ed.—¿Qué medio impone? ¿De qué mal se trata?

Cr.—Echar fuera asesinos. O hacer que muerte por muerte se pague. Una sangre vertida es la fuente de todos estos males.

Ed.—¿Muerte de quién el oráculo señala?

Cr.—Fue Layo, nuestro rey de antaño, oh príncipe. El gobernaba antes que tú en esta ciudad ejercieras imperio.

Ed.—Lo oí decir. A él jamás lo vi.

Cr.—Murió él. Y ahora el dios nos urge a que, sin miramientos, con dureza se castigue a los matadores.

Ed.—¿En qué región habitan? ¿Quién puede husmear la pista de tan viejo crimen?

Cr.—Dijo el dios que aquí están. Lo que se busca, se halla. Lo que se deja, perdido queda.

Ed.—¿En su casa, en el campo, en tierra lejana? ¿Dónde fue asesinado Layo?

Cr.—A recibir oráculos divinos —dijo él— partía. Se fue y jamás regresó.

Ed.—¿Algún mensajero, algún compañero de camino no vio los hechos? ¿El pudiera darnos informe!

Cr.—Es que murieron todos. Uno sólo quedó. Pero tan dominado por el espanto que jamás ha podido darnos informes, sino es de un solo dato.

Ed.—Y, ¿ese cuál es? De uno se puede deducir todo. Un leve principio es ya base para la esperanza.

Cr.—Ladrones, así dijo, le salieron al paso y le dieron la muerte. No sucumbió a la fuerza de un brazo, sino al empuje de una gavi- 125

Ed.—Un ladrón, si no tenía ya paga aquí, ¿cómo podría haber osado cometer tal crimen?

Cr.—Hubo quien lo pensara. Pero, ya muerto Layo, nadie hubo que se echara a cargo el vengar su muerte. ¡Era tanta nuestra zozobra...!

Ed.—¿Zozobra? ¿Cuál? ¿Tan grande que impidiera hacer justicia al rey mismo muerto? ¡Hundido el trono no hubo quien lo amparara!

Cr.—La Esfinge de cantos enigmáticos y falaces, esa fue. Nos hizo que mejor atendiéramos a lo del momento presente, dejando en el silencio lo que el misterio había envuelto en sombras.

Ed.—Tomaré el asunto otra vez desde el principio. Febo ha hecho su recta acción. Tú otro tanto. Bien ha sido buscar esta forma de hacer justicia al muerto. El dios y tú hallarán en mí al vengador. No, no lo hago por amigos remotos: lo hago por mí mismo. Quien a él asesinó a mí mismo puede exterminarme. Debo echar fuera esta mácula. No por el rey muerto, por mí mismo pugno.